

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año V.

Murcia 10 de Septiembre de 1893.

Núm. 178.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-trajeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración
MARIANO PADILLA, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Hacer la revista de la semana que acaba de finalizar es ardua tarea, más la obligación me pone en el caso de reseñar, siquiera sea a la ligera, lo más notable de estos días.

En la mañana del domingo se abrió al público la Exposición local de Bellas Artes, y en ella, como nota simpática y bastante notable, figura la sección de labores de la mujer, en la que las murcianas han dado muestra una vez más de sus felices disposiciones para todo cuanto intenten.

Hablar de la noche del domingo, lo mismo en la Glorieta que en el Casino, es hablar de la mar... de bellezas, y en verdad se necesitaba saber nadar y guardar... el bulto para no dejarse fascinar por las encantadoras sirenas que penian en grave aprieto al más flemático é imposable.

Si intentásemos dar una ligera nota de las bellas que vimos, no serian bastantes las Columnas todas de LA JUVENTUD; baste decir que todas cuantas jóvenes hay en Murcia, estaban en el paseo, y el Casino tuvo las que cabian y algunas más.

Las noches de toros... el non plus ultra; diríase que surgen de la tierra tantas y tantas mujeres, que en el resto del año no se sabe donde se esconden.

La fiesta de la Caridad, animadísima; 2.500 entradas, salvo error ú omisión; Fernandez Caballero á su altura, y está dicho todo.

Los toros bien; la segunda tarde el Guerra tuvo la desgracia de ser cogido y sufrir un puntazo, que por fortuna no ofrece gravedad.

La feria no puede estar en mejores condiciones para todos; así es, que lo único que cabe, es pedir á Dios que nos dé salud para concluir la de pasar como deseo á mis lectoras.

OLGA

MI SUEÑO

Era una tarde magnífica; era un jardín delicioso; era un bosquecillo umbroso todo frescura y verdor.

Tú estabas allí tan bella, y yo junto á tí, anhelante, siempre amado, siempre amante, hablándote de mi amor.

Sutil la brisa soplabá en las hojas susurrando, y con su murmullo blando formaba ritmos sin fin que eran acordes dulcísimos como música inspirada, por ángeles entonada, cánticos de un querubín.

El sol, entre rojas nubes al ocaso descendía y su luz resplandecía con vivísimo fulgor; y la luna en el Oriente se alzaba magestuosa y cen su luz misteriosa poetizaba nuestro amor.

Yo te miraba anhelante; tú risueña me mirabas, y decías que me amabas con entrañable pasión; tus manos entre las mías estrechaba fuertemente, y un beso amoroso, ardiente en el aire resonó.

Al juntarse nuestros labios; como eléctrica corriente, sentí correr dulcemente por mis nervios tal placer, que sin poder contenerme te dí otro beso, anhelante, y en mis brazos, delirante un momento te estreché.

Después no ví nada; el cielo, el jardín, las flores, todo desapareció, de modo que solo tus ojos ví.

¡Asunción del alma mía! Fui tan feliz, tan dichoso, que aquel abrazo amoroso no se borrará de mí.

Y desperté, y al hallarme solo en mi cama y á oscuras sin oír silbar las puras brisas; ni el fresco verdor ver del jardín delicioso; ni á tí mirándome ansiosa te tigo en verdad, hermosa: me puse de mal humor.

M. MARTINEZ ALARCON.

Cartagena 31 Agosto 93.

AMOR Y CELOS

En uno de los parajes más pintorescos de la población, tenía la morada el matrimonio más feliz y envidiado de cuantos lo conocian, pues ambos se amaban con todo el ímpetu de sus juveniles corazones.

Adela y Enrique, pues estos son los nombres de estos héroes, eran bendecidos por los desvalidos de la comarca, pues las riquezas de él y la cristiana caridad de ella, les permitian hacer donaciones de importancia, que eran pagadas con las lágrimas del agradecimiento de los infelices.

Cuatro años hacia que se habían unido, y en ese espacio de tiempo todo había sido para ellos amor y ventura.

No hay dicha sin desdichas, y hé aquí que la muerte de la madre de Adela, fué una nube negra y sombría que oscureció el cielo de su felicidad; ella como buena esposa era buena hija y tributó una de las últimas pruebas del cariño que profesaba á su madre, y á cada momento derramaba abundantes lágrimas que hacia llorar á su buen Enrique.

Todas las tardes Adela y Enrique se encaminaban por la sombría alameda que conduce al cementerio; una vez en él, se arrodillaban junto á una tumba, donde largo tiempo oraban y gemian pues el placer y el dolor eran comunes, como si hubiese dos cuerpos alentados per una sola alma, y cuyos corazones latían á impulsos de una misma sensación.

Estas pruebas de afecto filial tuvieron que suspenderse, pues era tanto el sufrimiento de Adela durante sus largas estancias en el cementerio, que Enrique llegó á temer por la vida de su amada, y esta fué la causa de que las prohibiese en absoluto. Adela obedeció, pues respetaba á su esposo tanto como le amaba, aunque no perdía la esperanza de poder alguna vez más besar el mármol que separaba á su madre del mundo de los vivos.

Pasado algun tiempo tuvo Enrique que ausentarse, pues se había iniciado una quiebra en una casa de negocios donde tenía depositado gran parte de su capital; mucho pesar le causaba separarse de su adorada Adela, pero tuvo que resignarse y partió.

